

**Jean-Louis Guereña (dir.), *Sexualités occidentales. XVIII<sup>e</sup>-XXI<sup>e</sup> siècles*, Presses Universitaires François-Rabelais, Tours, 2014. 540 pp. ISBN: 978-2869063761**

Jean-Louis Guereña, el director del libro colectivo que aquí se comenta, afirma con rotundidad que “(la) sexualité est bel et bien devenu *objet d’histoire*”. Esta obra queda ubicada desde el principio en la estela del camino iniciado en 1982 con la publicación en el número 35 de la célebre revista *Communications* de un dossier que, llevando ese mismo título –*Sexualités occidentales*–, fue coordinado por el historiador Jean-Louis Flandrin y el sociólogo André Béjin, con las aportaciones de autores tan prestigiosos como Philippe Ariès, Michel Foucault, Jacques Rossiaud o Paul Veyne. Sin embargo, el profesor Guereña no se está ciñendo en exclusiva a la historiografía francesa.

Es verdad que estas miradas que ahora se lanzan sobre “las sexualidades occidentales” –variadas y múltiples– o se proyectan desde el centro mismo de la historiografía francesa o se inspiran enteramente en ella; pero no es menos cierto que el libro se nos hace transnacional en las manos desde el principio, quizás porque su amplitud temática –la que componen 22 especialistas franceses, españoles, alemanes, argentinos y británicos– a fin de cuentas han sido orquestadas por un historiador francés de origen español con experiencia acreditada en la coordinación intercontinental de distintas historiografías y con una importante investigación original –no pocas veces de referencia– que normalmente aborda materias centradas en la historia de España.

El estudio de la sexualidad eclosionó en el mundo académico anglosajón hace algún tiempo: al socaire de los *Feminist Studies* y los *Gender Studies* se han desarrollado los *Gay and Lesbian Studies* y los *Queer Studies* y, entre otros resultados provechosos, han proliferado los eventos científicos y las publicaciones, entre las que destaca una revista especializada de gran impacto, el *Journal of the History of Sexuality* (editado por la Universidad de Texas). No obstante, como tal objeto de estudio, la sexualidad debe mucho a la genuina aportación francesa, entre otras cosas porque nadie puede obviar ni perder de vista la importancia de la obra de Michel Foucault. En efecto, la historiografía francesa dedicada a las sexualidades es pionera e ingente. Por eso, y por la parte que nos toca, cuando se valora desde el ámbito historiográfico español y latinoamericano, Francia se nos representa como fuente original a la que acudir al menos para iniciarse.

El profesor Guereña viene a decir que sobre el campo de estudio de la(s) sexualidad(es) acuden *in crescendo* la historia y todas las ciencias sociales con el fin de aprehender el fundamento de su centralidad en la vida humana, indagando en sus prácticas y en su imaginario, en sus sueños y fantasmas y en los discursos que la exaltan, la controlan, la cuestionan, la representan... Como tal campo activo de investigación, la historia de las

sexualidades se deja influir por las tendencias historiográficas más renovadoras, tanto de la historia política como de la historia económica y social, sobre todo las corrientes especializadas de la nueva historia social, desde la historia de las ideologías a la de los movimientos sociales pasando por la historia de la familia, de la vida privada, de la cotidianidad, de la intimidad y, en fin, también de la sexualidad. Pero, en cualquier caso, si lo entendemos bien –concluye Guereña– ha sido “la historia de las mujeres” la que más ha ayudado a que la sexualidad sea considerada como objeto de investigación histórica. Junto a las fuentes primarias –particularmente aquellas que se encuentran en los archivos judiciales y policiales, tan apreciadas por la historiografía de todos los tiempos y de todas las problemáticas sociales y culturales–, es notoria la relevancia que en este tipo de investigaciones adquieren la literatura y el lenguaje.

Las 22 contribuciones se presentan estructuradas en cuatro grandes partes que merecen algunos comentarios, apuntes mínimos que se escriben sin ánimo de exhaustividad, porque no podemos comprometer una exposición más extensa y detallada, a sabiendas de que el lector de habla española sabrá captar la gran cantidad de aspectos relevantes que sólo podrá conocer con la lectura directa de los mismos.

En la primera parte hay cinco capítulos, por cierto, casi enteramente dedicados a España con la excepción del que dedica Bernard Banoun a las crisis de la masculinidad en las novelas de Alfred Dóblin y Thomas Jonigk. En esta primera parte, titulada “L`identité sexuelle en question: normes de la masculinité et la féminité”, los lectores españoles podemos reconocer a especialistas pioneros en este tipo de temáticas, como Nerea Aresti y Richard Cleminson. Poco se habla de normas en un sentido jurídico, pero su único abordaje es de gran interés: Marie Walin al estudiar las nulidades matrimoniales por impotencia en la España del primer tercio del siglo XIX nos acerca a un aspecto, más que “raro”, “extremo”, y sin embargo enormemente significativo a la hora de interpretar el peso de lo normativo en los dos grandes vectores de las relaciones de género, uno quizás más conocido –el de la construcción de la feminidad– y otro tan importante como inexplorado o en realidad pocas veces planteado: la historia de la masculinidad. La verdad es que la primera parte de *Sexualités occidentales* nos habla de normas en un sentido cultural (moralizador) que incluye la vertiente ideológica y política de los protagonistas de los discursos. Así se pone de manifiesto en el texto que Richard Cleminson dedica al estudio de la construcción de la masculinidad en el seno del movimiento obrero español antes de la Guerra Civil a través de una influyente publicación ácrata, *La Revista Blanca*, en donde, además de valorizar la “historia de los hombres” como tal esfera autónoma de los estudios históricos, Cleminson nos aproxima al análisis del discurso anarquista sobre la masculinidad haciéndonos ver que hubo diferencias y que no todos los medios “sindicalistas” de aquella época destilaron en sus noticias y opiniones una misma idea de masculinidad “viril”. Por su parte, Nerea Aresti indaga en la atmósfera renovadora y por eso mismo también *normativizadora* de la noción de sexualidad a la luz de los valores progresistas (y de sus límites) en la España de los años veinte del siglo XX, una década riquísima en discursos y figuras intelectuales que podríamos identificar como “reformadores sexuales”. Y esto último, pero llevado hasta el franquismo, es lo que también queda patente en el artículo de Marie-Aline Barrachina sobre los debates que protagonizaron los médicos especialistas en la cuestión sexual desde la década de 1920 hasta la de 1940: se observa bien la línea quebrada de los tiempos, la que nos conduce desde unos años 20 en los que la preocupación por la mortalidad infantil y otros problemas de salud pública que afectaban directamente a la sexualidad de las mujeres llevaron a Marañón y Saldaña a proponer el control de la natalidad, hasta una posguerra en la que la política natalista del franquismo propició discursos médicos, como los del doctor Luque Beltrán, que ayudaron a poner en contradicción antagónica la maternidad y la feminidad.

La segunda parte del libro se titula “Les territoires des homosexualités et des amours interdits” y está mayormente dedicada a la homosexualidad, con un capítulo de Susan Clayton, reconocida especialista en historia de la homosexualidad, dedicado a escritores franceses y británicos, y otros dos capítulos que nos hablan de España a finales del siglo XIX y en la época franquista, además de dos análisis centrados en la historia inmediata y del tiempo presente en EEUU realizados por dos jóvenes promesas de la investigación de nuevos objetos de estudio en materia de expresión de la sexualidad: el estudio de Antoine Servel sobre la historia del militante LGBTQ y el que Émilie Marolleau dedica al New Queer Cinema. En esta parte del libro se pueden destacar señales claras de innovación para la historia de la sexualidad que realmente se está construyendo con obras como la que estamos reseñando, aunque el carácter novedoso sea siempre relativo, en función del tratamiento temático, las fuentes utilizadas o los marcos teóricos que –como los ya citados– incardinan los objetos de estudio en el centro mismo de las ciencias sociales. Así ocurre con la homosexualidad que estudia el profesor Francisco Vázquez, porque con ella el historiador toma el pulso a problemáticas culturales o políticas de gran envergadura. A partir de sucesos ocurridos en Cádiz a finales del siglo XIX que pueden parecer nimios pero escandalosos, Vázquez objetiva fenómenos sociales amplios –en una España que a finales de siglo adolece de una honda sensación decadentista– y procesos socioculturales de larga duración, concretamente, la invención de una “fama” que comenzó a representar a Cádiz como la “Sodoma” moderna, la capital de la prostitución masculina. No deja de resultar igualmente novedoso el enfoque de Geoffroy Huard sobre los homosexuales de Barcelona bajo el franquismo, porque, a partir de la información obtenida en archivos judiciales, propone desmitificar la idea de una “etapa negra” de la homosexualidad marcada por el silencio y la persecución, demostrando que existió “una vida homosexual muy desarrollada en el célebre Barrio Chino” y que al parecer la homosexualidad estuvo “bastante tolerada” por las autoridades. Y, en fin, ese mismo barniz de innovación puede detectarse en el texto de Fabienne Giuliani sobre el incesto en la Francia del siglo XIX (tema al que consagró su tesis doctoral en 2010), porque la autora va más allá del ámbito de la literatura al adentrarse en fuentes de archivo que permiten añadir historicidad al análisis de unas prácticas sexuales pasionales y prohibidas (matices que requerían otras miradas a partir de otras lecturas).

La tercera parte de *Sexualités occidentales* a simple vista puede parecer que no logra sortear el riesgo de acabar siendo una suerte de miscelánea, pero realmente sus capítulos no están mal ensamblados en torno a la idea de representación del sexo a través de la escritura y la imagen: sin ir más lejos encontramos aquí la aportación del propio Jean-Louis Guereña sobre las colecciones populares de educación sexual que se publicaron en España desde finales del siglo XIX hasta la Guerra Civil (discursos divulgativos que “desvelaban” al gran público una cuestión tabú); y en un plano parecido puede leerse el capítulo de Maxence Rodemacq acerca de la “industria de la obscenidad” en París entre 1855 y 1930, un texto muy bien planteado y muy rico en fuentes con resultados que aportan renovación y futuro a este campo de la investigación histórica. España vuelve a aparecer de la mano de Anne-Gaëlle Ferrandi-Regueillet, en un plano teórico-metodológico, desde el que como especialista en ese objeto de estudio Ferrandi-Regueillet intenta reorientar el enfoque sobre el problema de la sexualidad durante una época tan represiva como la posguerra. No obstante, es lógico que encontremos en esta parte más tratamientos del tema provenientes del estudio de fuentes literarias, porque evidentemente a través de ellas también nos acercamos a la idea de sexualidad y erotismo en cada etapa histórica: son los casos de José Amícola, quien en su breve capítulo lanza una mirada *queer* sobre la obra del novelista alemán Leopold von Sacher-Masoch (1836-1895); de Gersende Camenen, que analiza el erotismo en la obra del escritor argentino Alan Pauls; y del profesor Philippe

Chardin, reconocido especialista en Marcel Proust que con su aportación en esta obra nos orienta acerca de la cuestión de los celos y la concepción del lesbianismo en el autor de *À la recherche du temps perdu*. Por otra parte, particularmente exhaustivo resulta ser el análisis que Patricia Mauclair hace del célebre libro de Nicolás Fernández de Moratín, *El Arte de las putas* (ca. 1772), con el que la autora pretende construir un esquema analítico que permita valorar con rigor el modelo de sexualidad –¿pornográfico?– que transmite Moratín, un auténtico experto en el uso del “doble lenguaje”, no escatimando juicios acerca de la misoginia de un autor que escribe pensando en un público exclusivamente masculino. Para evitar el riesgo de anacronismo, Mauclair coteja el pensamiento de Moratín sobre las mujeres con los modelos de virtud cristiana y virtud ilustrada y, ciertamente, el resultado es convincente.

Por último, la cuarta parte está teñida de intersecciones, mestizajes historiográficos que conjugan el estudio de la sexualidad con las historia coloniales y, en fin, con la otredad, con el fin de yuxtaponer el sexo y la raza (una cuestión epistemológica que aborda Mónica Zapata con ejemplos de la literatura iberoamericana). Los análisis de las memorias, concretamente a través de fuentes autobiográficas, permiten a Claudine Raynaud aproximarse a la militancia de los negros norteamericanos en la agitada década de 1960 para analizar aspectos clave de la masculinidad y la feminidad “negras”. A su vez, y gracias al análisis de obras de teatro, coreografías y dramaturgias diversas tanto africanas como europeas, Christine Ramat escruta y reflexiona sobre la expresión de lo grotesco en las sexualidades africanas contemporáneas. Ahí, además, puede verse el capítulo más iconográfico de todo el libro, el de Christelle Taraud sobre el discurso higienista y la “violencia fotográfica” en el Marruecos colonial de los años 1930, violencia estigmatizante que, con las fotografías de las prostitutas “indígenas”, configuraba un universo segregado que humillaba y violentaba a aquellas mujeres.

En definitiva, estamos ante una obra colectiva muy útil. Si bien algunos objetos de estudio se nos antojan novedosos –como el estudio de la impotencia sexual o el incesto–, otros son abordados de forma más liviana y aproximada, eso sí, barruntando un futuro que acabará siendo fructuoso cuando sus autores se acerquen con más detenimiento a fuentes de información todavía poco exploradas. Sin duda alguna, algunas de esas novedades y aproximaciones tendrán que dotarse de un armazón teórico-metodológico más elaborado. Pero, *grosso modo*, la obra transmite un mensaje implícito de madurez epistemológica y metodológica innegable hasta en los detalles: el ya mentado Michel Foucault, tan inevitable como rico en la confección de herramientas válidas para el análisis histórico, no aparece de forma estridente u omnipresente; más bien se detecta una aplicación solvente de la influencia foucaultiana, de la misma forma que se deja notar el peso de la *Gender History* y se otorga una visibilidad particularmente interesante a intersecciones categoriales menos conocidas en Europa, como el sexo y la raza, al tiempo que se abordan temáticas emergentes como las masculinidades y las homosexualidades.

Este libro, necesariamente parcial porque no puede profundizar por igual ni en todos los países ni en todos los períodos históricos, resulta ser una suerte de intersección temática, temporal y territorial que hace inteligible su finalidad y su enunciado principal: acercarnos a la noción de “sexualidades occidentales” desde el setecientos hasta la actualidad.

Pedro Oliver Olmo  
Universidad de Castilla-La Mancha